

CARTA DE LUIS BUÑUEL DESDE EL MÁS ALLÁ



Estimado lector:

Hace treinta años de mi último suspiro. Entonces tan sólo pedí el deseo de poder levantarme de entre los muertos cada diez años y, a pesar de mi odio a la información, llegarme hasta un quiosco, comprar varios periódicos y, de regreso al tranquilizador refugio de la tumba, volver a dormirme leyendo las desgracias que a buen seguro atenazarían al mundo. Gracias a Dios, se me concedió el deseo y debo decir que, aunque nunca fui una persona excesivamente optimista, mis predicciones se han quedado cortas. Yo, que llegué a compadecerme de Franco, mantenido artificialmente durante meses, a pesar de sus terribles dolores, estaba convencido de que la eutanasia se aprobaría poco después de mi muerte. No sólo aún no ha sido así sino que, para más inri, parece que el aborto va camino de convertirse en delito otra vez. Nunca he entendido esa malsana obsesión por la vida, que debería ser un derecho y no una obligación. Bajo las formas de una dictadura o de una falsa democracia, seguimos aguantando una estúpida moral represora que es tan sólo una forma de control sobre las personas que se atreven a ser verdaderamente humanas o que, quizá, no les queda otro remedio que serlo. Y diré más: una persona que no tiene un conflicto entre los principios de una moral adquirida y su propia moral personal, nacida de su instinto, no está viviendo de manera completa.

Siguiendo con las prohibiciones, lamento que los fumadores lo tengan tan crudo ahora, y no sabe cómo cerebro haber vivido antes que usted. No me malinterprete: fumar es malo, pero el tabaco, además de un placer para todos los sentidos, es un compañero ideal con el que afrontar todos los acontecimientos de una vida. Si un bar sin olor a tabaco me parece frío y triste, lo que ya me parece ridículo es que se haya dejado de fumar en las películas. ¡Cómo si a los espectadores les pudiera molestar el humo en la pantalla! Si el cine le dio a Bogart la inmortalidad, la cruzada anti-tabaco va camino de arrebatársela.

La verdad es que casi no veo cine. Me gusta mucho Manoel de Oliveira, que es un poco más joven que yo. David Lynch es raro de narices, pero él cuenta sus sueños, como yo contaba los míos. Almodóvar está bastante bien. Compartimos la libertad como tema central de toda nuestra obra. Siento no poder decir mucho más. La mayoría de los cines de ahora me disgustan. Se han convertido en meros sirvientes de la sociedad de consumo que tanto detesto. La prueba más evidente son esos cines injertados en horrorosos centros comerciales, apoteosis del mal gusto y de la anulación del hombre. Tampoco me gustaban, debo decir, algunas fachadas estúpidamente ostentosas de algunos grandes cines españoles que han desaparecido. Cada vez hay más premios, ceremonias, banquetes, festivales y puñeteras revistas de cine donde gente sin nada mejor que hacer se explica a sí misma infumables pajas mentales en torno a alguna película mediocre.

Me releo y temo parecer el típico viejo refunfuñón nostálgico. Entiéndame, me quejo de cosas que han cambiado pero también de otras que deberían haberlo hecho. Además, admito que han pasado algunas cosas buenas desde mi muerte, sólo que ahora no las recuerdo. Tampoco pretendo sentar cátedra. Me horrorizan los poseedores de la verdad. Me aburren y me dan miedo. Si en algún momento he incurrido en alguna contradicción, sepa usted que pasé toda mi vida bastante cómodamente entre múltiples contradicciones, sin intentar reducirlas, y no voy a cambiar ahora.

Nota: Se incluyen fragmentos de la autobiografía de Luis Buñuel *Mi Último Suspiro* (1982).